

LA CUARESMA



FELICITAS



En un lejano país, vivía hace años una hermosa niña, de ojos celestes y cabellos como hebras de oro, a quien sus papás llamaban hija, aunque el verdadero nombre de la niña era Felicitas.

Felicitas, contrariamente a todas las niñas del país, que tenían un solo papá o ninguno, tenía dos papás.

Uno de los papás de Felicitas se llamaba Rakum, que en el idioma del país quiere decir Tarde nublada, y el otro Krofenian, que quiere decir José María. El nombre de la mamá era Ambroskia, que quiere decir Ambroskia.

Rakum era muy rico, mientras que Krofenian era muy pobre, y aunque Felicitas quería a sus dos papás por igual, no dejaba de tener cierta predilección por el papá pobre, ya que mientras Rakum despilfarraba el dinero en fiestas y viajes,

Krofenian tenía que ganarse el pan recogiendo leña del bosque para después venderla en la ciudad.

La mamá de Felicitas sufría mucho viendo cómo mientras uno de sus maridos despilfarraba fortunas el otro apenas si ganaba para comer; pero contrariamente a su hija, tenía predilección por Rakum, el marido rico, ya que éste la colmaba de regalos y raro era el día que no le regalaba un reloj de brillantes o una pulsera de oro o un collar de esmeraldas. Rakum trataba de ganarse el cariño de la pequeña Felicitas, regalando a la niña ora una muñeca de oro, ora un triciclo de plata, regalos que la niña aceptaba de mala gana, sabiendo que su otro papá era muy pobre.

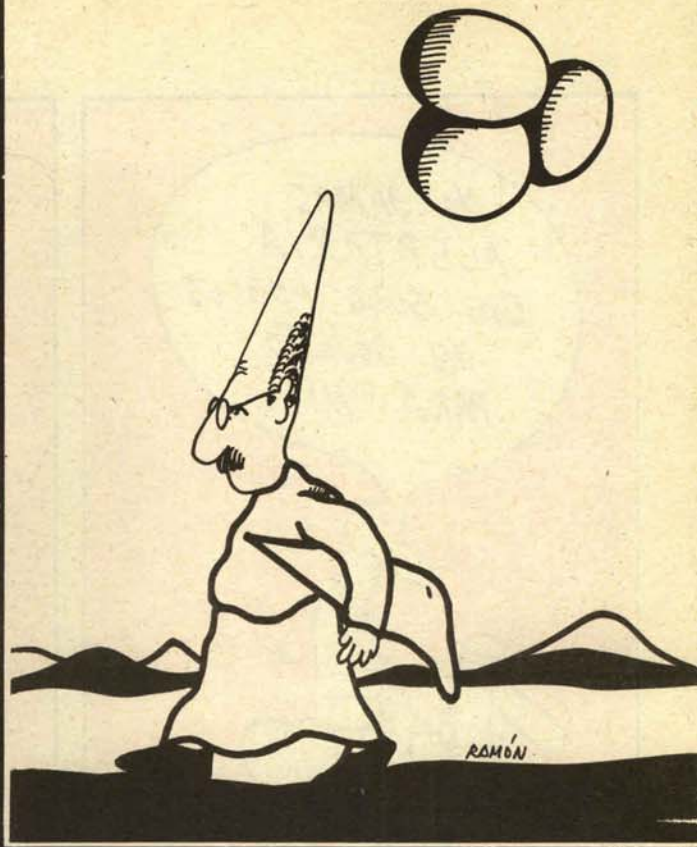
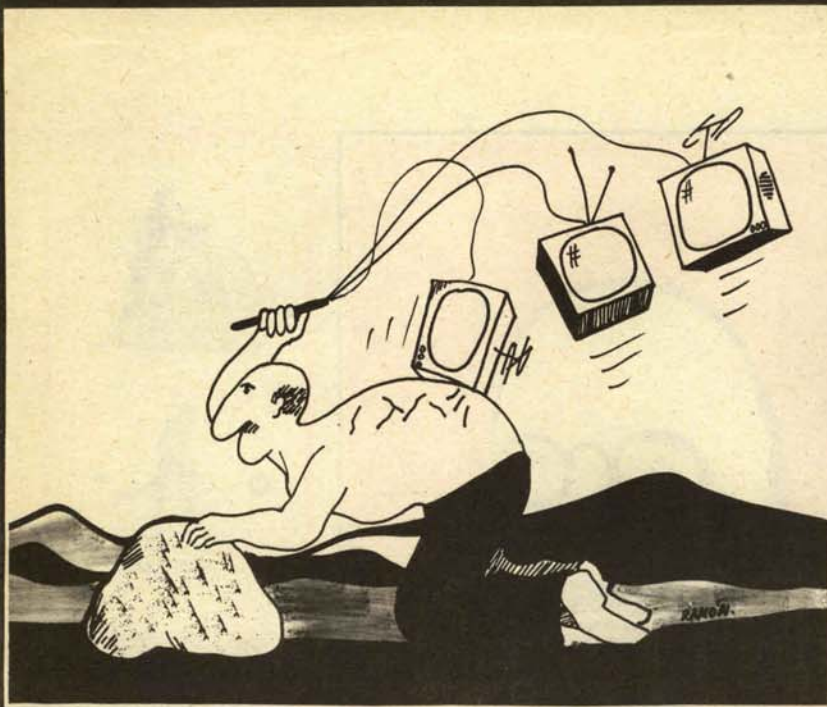
El papá pobre de Felicitas dormía en un colchón en el suelo, mientras que el papá rico dormía entre sábanas finas de

hilo, bordadas a mano por las costureras más famosas del país.

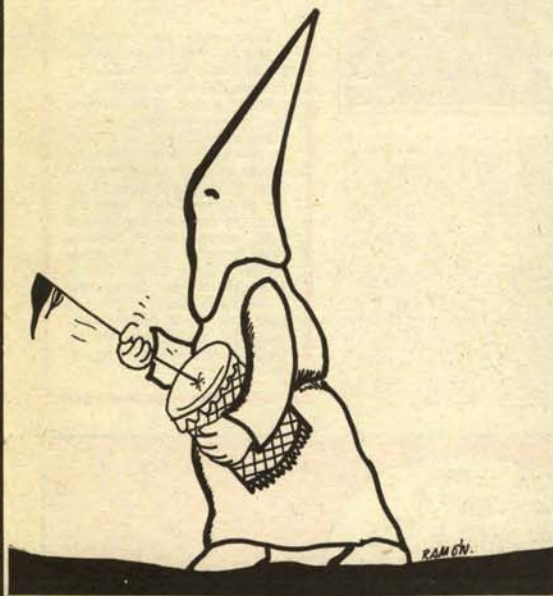
Un día que Felicitas bajó al pueblo con su madre a comprar cintas de terciopelo y arroz, mientras la señora Ambroskia hacía las compras, la hermosa niña de ojos celestes y cabellos como hebras de oro, fue hasta la iglesia, y arrodillándose ante la imagen de San Próspero, rezó una oración para que a su papá el pobre se le arreglaran las cosas.

Cuarenta días después, cuando ya eran más tarde, murió Rakum, dejando toda su fortuna a la viuda.

Krofenian como marido único de la viuda de Rakum, se convirtió en uno de los hombres más ricos del país, y Felicitas se convirtió en la niña más dichosa de la tierra, viendo a su papá dormir entre sábanas de hilo bordadas a mano por las más famosas costureras. ■ GILA.



LA CUARESMA



LA PODA



La poda es como todo, un escándalo. Estamos ya en primavera, o casi, y se ve por las calles el bochornoso espectáculo de los podadores quitándoles a los árboles una ramita por aquí, una hojita por allá, con mucho cuidado de no cargarse las yemas, como si no nos sobrasen yemas a los ciudadanos para cargarnos lo que sea.

El árbol entero es lo que hay que cortar. La poda no conduce a nada. A los males, de raíz. Los árboles, de cuajo. Eso de la poda es andarse con paños calientes y con parches. Con el aperturismo, la orientación bibliográfica, el diálogo, el contraste de pareceres y los colegios profesionales. Los árboles se cortan, se talan, los libros se queman y los colegios profesionales se cierran, y verá usted como aquí hay

más orden y más patriotismo. ¿Tanto dinero le sobra al Ayuntamiento como para tener por ahí todo el día a una legión de gandules haciéndoles la manicura a los árboles como si fueran presidentes de consejos de administración? Se cortan los árboles y a todos esos vagos se les envía a pescar sardina, para aliviar el paro de esos otros vagos que piden más dinero para gas-oil. Lo que pasa con la poda pasa con todo. Que nos andamos por las ramas, que siempre estamos con contemplaciones. Parece como si les diera miedo cortar el árbol. ¿No dicen que hace falta papel? Pues eso, a cortar el árbol y a hacer papel para las quinielas y para el «As», y papel de barba, que es el único papel serio y que a mí me inspira confianza.

Lo que nos faltaba, la poda. Por si hubiera poco aperturismo, poco liberalismo y poca tolerancia, ahora la poda de los arbolitos, que no es una cosa de hombres. Ni que fueran hortensias. Eso son delicadezas y lujos que no nos van, y no están los tiempos para andarse por las ramas buscando pan y queso. Los árboles están para cortarlos, que casi todos los plantaron los liberales y los republicanos, o Carlos III, que no era trigo limpio, o Floridablanca, Campomanes y el Conde de Aranda, que sólo querían llenar el país de árboles y limpiarlo de jesuitas, que eran unos volterianos. Mucho rojo es lo que hay en el Ayuntamiento y subido a los árboles. Yo, para dar ejemplo, ya me he cargado la acacia de mi barrio. ■ U.